

llega también hasta nosotros el rumor de las conversaciones, el chirriar de las carretas... y observo que los cascabeles de nuestros caballos ya no suenan lo mismo que en plena campiña; á uno y otro lado van desfilando largas hileras de izbas con techo de paja seca y portal de madera tallada, con pequeñas ventanas, por las cuales aparece, aquí y allí, el rostro de alguna mujer curiosa... Por delante de los coches saltan y brincan los niños y niñas del pueblecillo; en camisa los más de ellos, con los ojos grandemente abiertos, se quedan de pronto inmóviles al paso de los coches, ó corren como diablillos por entre la polvoreda con sus pequeños pies descalzos... y á pesar de los grandes gestos y de las amenazas de Felipe corren detrás de los coches y aún tratan de encaramarse en ellos... De pronto salen de todos lados toda clase de hospederos, y rodeándonos, con palabras y con gestos los más amables tratan de llevarse á su casa á los viajeros... Se abren de par en par las puertas de una de las hospederías, pasan los botones de las ruedas rozando la madera y entramos en el anchuroso patio. Ya tenemos por delante cuatro horas de descanso y de libertad!



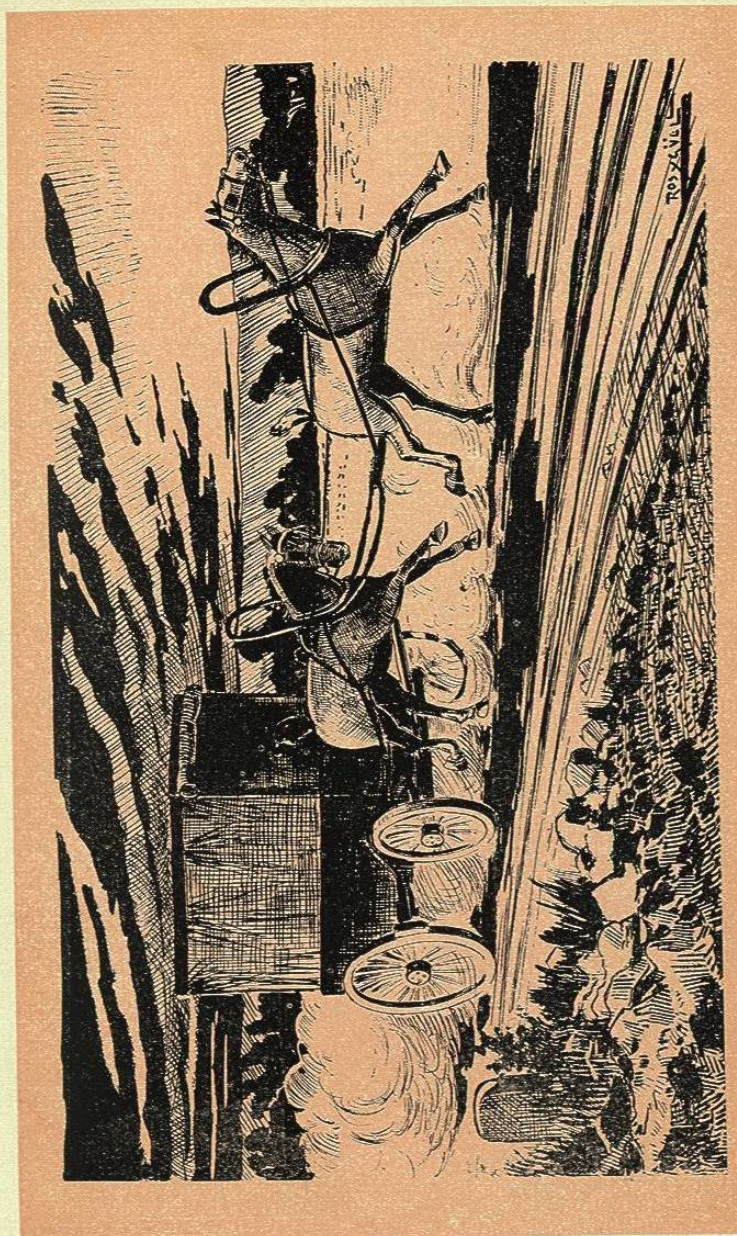
## II

### La tempestad

EL sol se inclinaba ya hacia el horizonte, y sus rayos oblicuos pero muy ardientes, calentaban mi cuello y mis mejillas de un bien poco agradable modo; no se podía poner la mano en los bordes de la britchka, pues quemaban lo mismo que hierro candente; una gran polvoreda llenaba el camino y parecía hasta respirarse, y no se sentía el menor movimiento de aire que lo arrastrase lejos. Delante, siempre á igual distancia, balanceábase monótonamente la grande y polvorienta caja de la calesa, tras la cual aparecía raramente el látigo que el cochero agitaba, y también el sombrero de éste y el gorro de Iakov. Yo no sabía qué hacer ni en qué pasar el tiempo; ni el rostro de Volodia, lleno de polvo, y dormitando á mi lado, ni el balanceo regular del cuerpo de Felipe, ni la sombra alargada de nuestra britchka que, formando un ángulo agudo, se arrastraba por detrás, nada lograba sacarme de mi profundo sopor... Toda mi atención la ponía en el poste que divisaba allá lejos ó bien en las nubes que, si andaban poco há dispersas por el cielo, se iban juntando ahora y tomaban tintes sombríos, amenazantes, reuniéndose en una sola é inmensa nube negra. De vez en cuando llegaba hasta nosotros el rumor de un trueno lejano, y esta circunstancia sobre todo aumentaba en mí la impaciencia de llegar cuanto antes á alguna hospedería ó albergue. La tempestad me ha

producido siempre un indefinible sentimiento, mezcla de terror y de tristeza.

Diez verstas al menos nos separan aun del pueblo más próximo, y el enorme y oscuro nubarrón, viniendo sabe Dios de dónde, avanza rápidamente hacia nosotros, sin que se note el menor aliento de aire. El sol, no cubierto todavía por las nubes, hace brillar como si fuesen de metal sus contornos sombríos y las nubecillas grises, separándose del nubarrón inmenso, corren rápidas hasta cubrir el horizonte. De vez en cuando, á lo lejos brilla un relámpago que rasga la gran nube y enseguida empieza á oirse como un rumor muy hondo que poco á poco se aproxima, se acentúa y acaba por llenar con su estruendo horroroso todo el espacio. Vasili se levanta y extiende toda la capota de la britchka, los cocheros se echan encima el capote y á cada relámpago que cruza el cielo se quitan la gorra y hacen la señal de la cruz; los caballos levantan las orejas, hinchán las narices como para aspirar el aire fresco de la tempestad que se acerca, y la britchka rueda más rápida por la polvorosa carretera. Empieza el miedo á apoderarse de mí y la sangre circula más aprisa por mis venas... De pronto, las nubes más avanzadas empiezan á cubrir el sol, y sus rayos, desapareciendo de pronto, iluminan por última vez el negro horizonte... Todo se transforma y la campiña entera parece hundirse en las sombras. El bosque que se extiende á lo largo de la carretera parece temblar de miedo, y las hojas de los árboles se vuelven de un color gris-blanco que resalta con viveza sobre el fondo violáceo de las nubes, moviéndose rumorosamente, y la copa de los altísimos olmos se balancea con gran majestad, mientras hojas y montones de yerba seca corren formando remolinos por la carretera en medio de asfixiante polvoreda. Las golondrinas de blanquísimo vientre giran veloces por encima de nuestros carruajes y pasan rozando el pecho de los caballos; los murciélagos con las alas desplegadas vuelan del lado que sopla el viento; los bordes del delantal de cuero de la britchka que hemos bajado y atado fuertemente, se levantan y dejan pasar hasta nosotros verdaderos torbellinos de viento fresco y dan fuertes golpes contra la caja de la britchka... El rayo parece estallar encima de nuestro carruaje, y dejándonos deslumbrados ilumina por un momento el campo entero, fijándome en la retina la imagen de Volodia, que se mantiene quieto y acurrucado en un rincón del coche. En el mismo instante, rompe sobre nuestras cabezas un ruido formidable, que va elevándose al espacio como formando una espiral y extendiéndose cada vez más hasta transformarse en un rumor ensordecedor que, á pesar



TOLSTOI.—LÁM. V

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

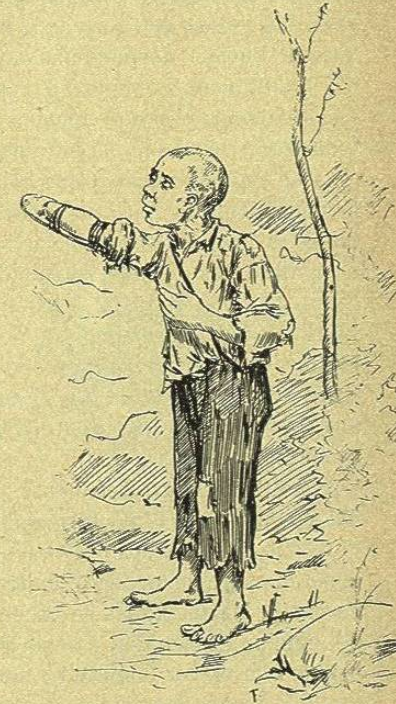
nuestro, nos hace temblar y nos corta la respiración... La cólera de Dios! Cuánta poesía encierra esta idea popular!...

Los coches ruedan cada vez más velozmente y en las contracciones de hombros de Vasili y de Felipe adivino que tienen miedo también. El coche baja con rapidez vertiginosa la pendiente y levanta un gran ruido al dar con el puente de madera; no me atrevo á hacer el menor movimiento y espero resignado nuestra muerte...

De pronto rómpese uno de los tirantes y nos vemos obligados á pararnos en medio del puente.

Apoyada la cabeza en el borde de la britchka, latiéndome con fuerza el corazón hasta interrumpirme la respiración, sigo con ansiedad los movimientos de los negros y gruesos dedos de Felipe que, con mucha calma, hace un gran nudo y arregla las riendas, apartando á un lado el caballo con la mano y con el mango del látigo.

El sentimiento de miedo y de tristeza aumenta en mi espíritu á medida que crece en el espacio y se nos echa encima la tempestad, y cuando llega el momento de majestuosa calma que precede de ordinario al apogeo de la tormenta, este miedo y esta tristeza alcanzan una fuerza tal que llego á convencerme de que, un cuarto de hora más, y me mata mi propia emoción. En ese preciso instante, aparece en el otro extremo del puente una criatura humana, ó casi humana, un miserable mendigo, descubierta la cabeza y rapada, con unos pies deformes y descarnados, vestido con una especie de camisa sucia y rota por mil partes, el cual con mirada estúpida y ademán suplicante extiende hacia nosotros, haciéndole veces de mano, un pequeño trozo de madera sucio y pintado de rojo, clamando: «Hacedme caridad en nombre del Cristo!» La voz del mendigo es quejumbrosa, en aquel momento parece lúgubre, y se inclina á cada palabra que pronuncia y hace la señal de la cruz...



Me es imposible expresar el sentimiento de terror que en aquel momento invadió mi alma. Un espasmo de frío recorrió todo mi cuerpo, y mis ojos, llenos de un miedo inmenso, se clavaron en el mendigo...

Vasili era el que, durante todo el camino, fué distribuyendo al paso las limosnas; pero en aquel momento estaba dando instrucciones á Felipe para recomponer el tirante, y hasta que no hubieron acabado no ví que tratase de sacar algo del bolsillo; pero se puso el carruaje en movimiento y en aquel punto estalló un rayo deslumbrador llenando de intensa claridad el desfiladero en que nos hallábamos, y sin el más pequeño intervalo retumbó por el espacio un trueno horrisono, pareciendo que toda la bóveda celeste se nos venía encima... Se desencadenó un huracán horroroso, y las crines y la cola de los caballos, la manta de Vasili y las puntas de las cortinas de la britchka tomaba todo una misma y violenta dirección. Sobre la capota de cuero de la britchka cayó pesadamente una gran gota de lluvia... después una segunda, una tercera luego, una cuarta, y súbitamente empezó á resonar sobre los carruajes y sobre todo el campo como un inmenso redoble de tambor, el ruido particularísimo de una lluvia batiente.

Por los movimientos que hace Vasili, adivino que por debajo de la manta trata de abrir un bolsón, mientras el mendigo, sin dejar de hacer el signo de la cruz é inclinándose á cada paso, sigue corriendo junto á las mismas ruedas del coche con peligro de ser aplastado, gritando todavía: «Una limosna en nombre del Cristo!» Por fin tira Vasili una moneda de cobre en medio del camino, mientras la desdichada criatura, con sus andrajos pegados al cuerpo por la furiosa lluvia y batido por el huracán, se queda un momento pèrplejo en medio de la carretera y enseguida rápidamente desaparece de mi vista.

La lluvia cae oblicuamente arrastrada por un viento huracanado, y nos moja á todos formando luego un charco de agua sucia en el mismo pescante. El polvo acumulado en el camino se transforma inmediatamente en un barro líquido en el que se hunden las ruedas del carruaje; las sacudidas se hacen menos violentas y á ambos lados del camino corren dos riachuelos de agua turbia. Los relámpagos brillan con mayor amplitud y son menos deslumbrantes, como son también menos formidables los truenos, cuyo rumor apaga el caer regular de la lluvia torrencial...

Pronto, empero, empieza á ser la lluvia de gotas más pequeñas, el nubarrón va disipándose, deshaciéndose en nubecillas ondulantes, el sitio del espacio en que ha de brillar el sol empieza

á aclararse y tras los bordes blanquecinos de las nubes se distingue ya un pequeño trozo de cielo azul. Un momento después un tímido rayo de sol brilla sobre los charcos de la carretera, bajo la lluvia finísima y silenciosa que sigue cayendo todavía, haciendo brillar las humildes yerbas de los campos. La gran nube negra ensombrece aun el lado opuesto del horizonte, pero ya no me causa el menor miedo. Siento una especie de bienestar dulce, inexpresable: la esperanza en la vida reemplaza pronto en mí el penoso sentimiento del terror. Sonríe mi alma lo mismo que la naturaleza refrescada, alegrada... Vasili se desabrocha un poco, se quita la gorra y la sacude para quitarle el agua. Volodia levanta la cortina de cuero de la britchka, yo me inclino un poco fuera del carruaje y á plenos pulmones respiro con verdadera ansiedad el aire fresco y perfumado. La caja del coche en que van las niñas, con el mundo y las maletas colgados en la parte trasera, se balancea delante de nosotros, reluciente toda ella á los rayos del sol, lo mismo que los caballos,

los arneses, las riendas y las ruedas, todo brilla lo mismo que si estuviese cubierto de un barniz. A un lado del camino se extiende el campo inmenso, con sus sembrados de otoño, de trecho en trecho cortado por torrentes poco profundos y reluciendo al sol la tierra mojada, perdiéndose sus últimos términos en el horizonte; por el otro lado extiendese un pequeño bosque, bordeado por una serie de pequeños nogales, que permanece inmóvil, sin mover una sola de sus ramas, como presa de una felicidad intensa y profundísima, mientras gruesas gotas de lluvia saltan de rama en rama y caen finalmente sobre las hojas muertas del año pasado que alfombran el suelo. De todos lados, con alegres cantos en



el pico, las alondras vuelan ligeras describiendo en el espacio grandes círculos hasta tocar el suelo para después perderse en el infinito; entre la maleza se adivina el ir y venir de los pajarillos y en el bosque óyese distintamente el canto del cuco. El perfume delicioso que despide el bosque después de la tempestad, compuesto de todos esos olores especiales que exhalan con mayor fuerza después de una gran lluvia las flores y los arbustos, es tan agradable que no puedo estarme quieto en la britchka, salto á tierra y corro hacia el bosque, y aunque me caen encima de todos lados grandes gotas de lluvia, arranco algunas ramas mojadas aun, me golpeo el rostro con ellas y aspiro con verdadera delicia su perfume. Sin fijarme siquiera en que arrancan del suelo mis zapatos grandes trozos de barro y que llevo ya las medias mojadas por haberme metido sin mirar en los lodazales, corro loco de alegría á la portezuela del coche en que van las niñas, y exclamo, levantando al aire, como en triunfo, las ramas floridas que llevo en la mano:

—Lubotchka!... Katenka!... Mirad, mirad!... cuán hermoso es todo!

Las niñas lanzan al aire exclamaciones de admiración y de alegría, y Mimi me grita que me aparte, pues puede aplastarme el coche.

—Oh! sí, sí; pero ved cuán hermoso es y cómo huele bien!



### III

#### Nuevo punto de vista

KATENKA estaba sentada á mi lado en la britchka, y con la cabeza graciosamente inclinada permanecía callada y pensativa mirando cómo, por debajo de las ruedas del carruaje, parecía huir el camino polvoriento. Yo me la miraba en silencio, como extrañado de la expresión triste y hondamente seria que notaba por la primera vez en su hermoso rostro.

—Ah! por fin!... vamos á llegar pronto á Moscova,—dije.—

Cómo te figuras tú que es Moscova?

—No sé...—contestó Katenka como de mala gana.

—Pero, piensas que sea mucho más grande que Serpukhov ó más pequeña?

—El qué?—dijo distraídamente la niña.

—Oh! nada...

Mas por ese instintivo sentimiento que hace adivinar á uno los pensamientos de otra persona, y que es cómo el hilo conductor de la conversación, Katenka comprendió que su indiferencia me hacía daño, y levantando la cabeza me dijo:

—Vuestro papá os ha dicho que estaríamos nosotras en casa de vuestra abuela?

—Sí, nos ha dicho que nuestra abuela quiere de todas maneras que vivamos todos con ella.

—Y estaremos juntos?